



Sarah Hall
Hijas
del Norte

Alianza Lit

Sarah Hall

Hijas del Norte

Traducido del inglés por Catalina Martínez Muñoz

Índice

Archivo uno. Íntegramente recuperado
Archivo dos. Íntegramente recuperado
Archivo tres. Íntegramente recuperado
Archivo cuatro. Íntegramente recuperado
Archivo cinco. Parcialmente deformado
Archivo seis. Íntegramente recuperado
Archivo siete. Parcialmente deformado

Créditos

Para Jane y Mae

Archivo de la Autoridad del Sistema Penitenciario de Inglaterra. Número de registro 498: Transcripción recuperada del juzgado de Lancaster.

Declaración de la prisionera detenida de conformidad con la Sección 4 (b) de la Ley (con poderes ilimitados) para la Prevención de la Insurgencia.

Archivo uno
Íntegramente recuperado

Me llamo Hermana.

Ese es el nombre que me pusieron hace tres años. Es como me llamaban las demás. Es como me llamo a mí misma. Antes de eso mi nombre no tenía importancia. No recuerdo que se usara. Ya no responderé a ese nombre ni me oíré decirlo en voz alta. No daré muestras de reconocerlo. No existe. Me llamaréis Hermana.

Fui la última mujer que salió en busca de Carhullan.

Fue un mes de octubre de lluvias torrenciales cuando me puse en camino. En la ciudad, las hojas habían empezado a caer de los árboles y el suelo estaba cubierto de su pulpa amarilla. Los últimos frentes tormentosos atravesaban la región del norte descargando aguaceros. El verano se retiraba. Daba la sensación de que la atmósfera había estallado por fin, y las mañanas y las noches empezaban a ser más frescas. Era un alivio no despertarme empapada en sudor en nuestra habitación del barrio de adosados, salir de una pesadilla con esa humedad lechosa en el pecho. Siempre he dormido mejor en invierno, como si la frecuencia del pulso disminuyera.

El frescor parecía limpiar también la ciudad. El olor a bacterias de la refinería y las plantas de fuel se dispersaba por la noche cuando las nubes se disipaban y aflojaba el calor. Los últimos años, desde la Reorganización Civil, el bochorno había durado más de lo normal; los meses fríos se concentraban en una franja más estrecha del calendario, y vivíamos envueltos continuamente en una nube tóxica de colza y arenas bituminosas, hacinados como peces en un ahumadero.

El cambio de la temperatura trajo consigo una sensación de euforia, un estado de alerta que iba más allá de los ner-

vios o la creciente conciencia de los peligros que sabía que estaba afrontando. Era reparador. El frescor me recordaba los tiempos de mi infancia. Las estaciones estaban entonces más definidas, más separadas. La gente mayor de la fábrica en la que trabajaba decía que de todas las tradiciones inglesas que estaban amenazadas el tiempo era la más triste. Como si hubiéramos tenido la posibilidad de elegir en referéndum aquel clima semitropical.

Todavía recuerdo las cosquillas frescas del granizo en la cara en el mes de marzo, cuando esperaba el autobús para ir al colegio. Y el rugido del viento que en otoño lo zarandeaba todo, las cosas grandes y las pequeñas. El frío en las venas en enero; las manos y los pies entumecidos a pesar de la lana y el vellón. Cuando eres joven no tienes miedo de las posibilidades. No crees que el mundo pueda destruirse o que vaya a ocurrirte una desgracia a lo largo de la vida.

Incluso la lluvia es diferente ahora: imprevisible, violenta, no como la constante llovizna gris de las postales antiguas, de los chistes y las crónicas televisivas. Es una lluvia que parece herida. Rara vez se ve nieve en los montes, aunque la gente de la ciudad sigue buscándola por pura costumbre.

Me dirigía a una zona alta y remota, y tenía la esperanza de volver a ver esas ventiscas blancas, si es que podía quedarme allí algún tiempo.

Salí al amanecer, con la idea de alejarme de Rith sin que nadie me viera. Preparé una mochila ligera para resistir el largo camino hasta las montañas. Llevaba pocas cosas: ropa, botas, unas cuantas latas de comida, galletas, una cantimplora con agua y un botiquín, para el caso de que pudiera quitarme el dispositivo, aunque no sabía si era posible. Y llevaba un fusil de la Segunda Guerra Mundial, entre las sudaderas y los impermeables. La punta roma del cañón rozaba la solapa de la mochila. Con él me proponía negociar en Carhullan.

La noche anterior escondí la mochila en un callejón, detrás de nuestro edificio, para salir sin peso, sin chocar contra las paredes y arañarlas al bajar las escaleras. Lo dejé en un hueco oscuro y seco, detrás de la cámara principal del depósito de lluvia. Lo puse allí mientras las familias de las otras casas estaban cenando y antes de que mi marido volviera del trabajo, tanteando primero en el vacío con un palo para asegurarme de que no había nidos de ratas.

De madrugada salí de la cama sin despertar a Andrew y me vestí sigilosamente en el cuarto de baño común. Me había guardado una bolsa de plástico en un bolsillo de los pantalones para meter las cosas que necesitaba. En un estante había una pastilla de jabón nueva, de la familia con la que compartíamos la casa, y decidí llevármela. La eché a la bolsa con la pasta de dientes, el desodorante y una cuchilla de afeitar con varias hojas de repuesto. Dudé un momento antes de abrir el botiquín de los vecinos. Encontré aspirinas, un paquete de compresas y una bolsita de polvos para la cistitis, caducados. Lo cogí todo. Después crucé el pasillo y bajé las escaleras.

En la puerta principal esperé unos minutos para asegurarme de que Andrew no me había oído salir y procuré tranquilizarme. El corazón me bombeaba la sangre a chorros. Notaba la corriente de ida y vuelta en las puntas de los dedos. Me dije que todo saldría bien. Llevaba meses entrenándome, levantándome temprano, y había ensayado la huida. Siempre lograba salir en silencio y sin peligro y recorrer la ciudad a oscuras, evitando las zonas por las que merodeaban los perros asilvestrados, antes de volver a casa. Pero esta vez no era un simulacro. Respiré hondo, solté el aire y esperé. Lo último que quería era que Andrew me siguiera, que me dijera que estaba loca, que armara un escándalo y despertara a todo el mundo. Jamás me dejaría marcharme con una mochila, salir de las zonas oficiales, a pesar de que estábamos enfrentados, nos odiábamos y no nos dirigíamos la palabra.

Yo estaba atada a aquella casa. Los dos lo sabíamos. No teníamos ninguna otra alternativa. Si me hubiera descubierto, me habría llevado a rastras escaleras arriba, o me habría inmovilizado en la calle, a pesar de mis forcejeos, hasta que apareciese un supervisor de la Autoridad, y entonces habría puesto alguna excusa para explicar mi comportamiento, como que estaba colocada o había tenido una pesadilla. Me habría dicho que esperara un poco, que por muy mal que estuvieran las cosas en ese momento conseguiríamos salir adelante, y después nos separaríamos, cuando el ambiente estuviera menos tenso, cuando fuera menos peligroso.

Me apoyé en la fachada, atenta al ruido de sus pasos por última vez. Lo único que se oía en el piso de arriba era el zumbido del contador eléctrico en modo de espera, como una avispa. Levanté la mirada. El cielo tenía el color oscuro del asfalto, como el esquisto que trituraban en los tanques de la refinería donde trabajaba Andrew. La mancha blanca de la luna asomaba como una úlcera hinchada y opaca por detrás del forro de las nubes. Aún no se habían encendido las luces en Rith y nadie saldría a la calle hasta que se reanudara el suministro eléctrico, a las seis de la mañana, para que la gente pudiera calentar el agua, cocinar y ver el primer parte informativo de alguno de los frentes meteorológicos o el sorteo de la lotería. Para entonces esperaba estar muy lejos.

Por fin me acerqué al callejón a recoger mi mochila. Sabía que tenía que darme prisa y no pensar más de lo necesario. Normalmente la ciudad estaba muerta a esa hora, pero siempre era posible encontrarse con una patrulla de la Autoridad. Me ponía mala solo de pensarlo. No tendría ninguna posibilidad de explicarme. Y no quería enfrentarme a lo que estaba haciendo, y flaquear, aunque estaba segura de que no me pasaría. Después de las últimas semanas no podía pasarme. Crucé la ciudad, alejándome de las viviendas compartidas, y pasé por delante del antiguo centro comercial, con las ventanas cubiertas con tablones, y por de-

lante del almacén de las turbinas, donde las carcasas de metal esperaban apiladas desde hacía años el momento del reparto. Las calles estaban desiertas y tranquilas. Únicamente los ladrillos rojos, la pizarra y el asfalto reflejaban cierto resplandor, presentando una versión de la ciudad que parecía antigua y fantasmagórica.

Costaba imaginar que hubiera tanta gente detrás de las fachadas, durmiendo dos o tres en la misma habitación, o despierta, hablando en voz baja para no molestar a las otras familias. Algunos estarían llorando y alguien quizá los consolaría, o nadie les haría caso. A otros les traería sin cuidado que pudieran oírlos a través de las paredes, arrastrando el cuerpo dolorido cuando el efecto del chute de efedrina barata empezara a esfumarse. Cada vez que me había atrevido a ensayar la fuga, el ambiente de las madrugadas me parecía disminuido, como si en lugar de concentrar a la gente hubieran practicado un sacrificio selectivo.

Al final de cada hilera de adosados se veían las siluetas de los contadores, como quistes pequeños y ruidosos diseñados para leer el flujo de la energía de las tejas fotovoltaicas. Ahora los empleaban para regular el consumo de la antigua red de suministro doméstico. Había habido muy pocas mejoras después de la Reorganización. El plan de recuperación de diez años empezaba a convertirse en un mito imposible. Me costaba no volver la cabeza para ver si alguien me seguía o me veía pasar. Me obligué a no mirar. Me dije que la mejor manera de seguir andando era poner la vista en un solo punto: adelante.

Se oyó un leve chasquido en el cielo, y un trueno retumbó al oeste. Sabía que pronto empezaría a llover, que tendría que parar a ponerme el impermeable. Pero no podía permitirme el lujo de detenerme mientras siguiera dentro del perímetro. Quizá más tarde, cuando estuviera lejos de allí y hubiera entrado en calor con el ejercicio, podría desnudarme. Me secaría antes que la ropa.

Llevaba años sin salir de Rith. Ningún civil había salido de la ciudad, salvo para que lo trasladaran a un centro de detención. No se permitía el tránsito de una zona a otra. La gente quedó atrapada en el sector en el que se encontraba cuando se hizo el primer censo después del colapso. Solamente la Autoridad y los agentes del gobierno tenían necesidad de viajar o medios de transporte, y en esos casos solían ir en tren.

Yo había nacido en Rith y conocía bien el entorno: las calles empinadas y el maremágnun de los tejados, el cerro de Beacon y el castillo enfrente, en la cima de dos peñas gemelas. Continué por el antiguo paso elevado de la carretera. Abajo había montones de basura y escombros, y se oían susurros animales. Más allá de las fronteras de la ciudad, en las llanuras, las carreteras se habían deteriorado. Estaban mucho peor de lo que me esperaba, hundidas y agrietadas tras años de desuso. Las riadas se habían llevado tramos enteros. Al plantar el pie tenía la sensación de estar atravesando un pedregal. En algunas partes había cráteres llenos de agua de lluvia. Metía las botas sin verlos y me empapaba los pantalones hasta las rodillas. Comprendí que era verdad lo que la gente decía en la fábrica y en las reuniones del distrito. Que solo estaban reparando las principales arterias, las que utilizaba la Autoridad.

Al principio fui corriendo siempre que podía, muy atenta para no resbalar o torcerme un tobillo, y luego aflojé el paso para afrontar el largo día que tenía por delante. En media hora había llegado al promontorio donde se encontraba la caseta blanca del puesto de peaje. No tenía ventanas, y una parte del tejado se había hundido. Recordaba que en una clase de historia local nos contaron que tuvieron que reconstruirla en dos ocasiones, después de que los escoceces le prendieran fuego. Ahora volvía a estar casi en ruinas. Los dueños debían de haberse marchado a Rith hacía mucho tiempo, con los demás vecinos de la periferia.

A los pies del monte, un poco más adelante, el antiguo puente de Yanwath seguía intacto. Lo había cruzado muchas veces en coche antes de que se prohibiera el tráfico. El semáforo que regulaba la circulación estaba muerto, con los focos negros de mugre y el poste inclinado en los cimientos de hormigón. En la hondonada de la carretera, antes del punto en que empezaba a subir hacia los contrafuertes del puente, se había formado un charco de agua arremolinada. Había residuos flotando, casi imposibles de identificar; tal vez trastos superfluos de las casas de la parte alta del río. Vadeé el charco, llegué hasta el centro del arco y me asomé a mirar por el parapeto. El río Eden corría a mis pies, encrespado y turbio, a una velocidad aterradora. Vi en la penumbra el brillo del agua en movimiento en las orillas, la estela de los remolinos y las crestas blancas. Las lluvias habían reventado la ribera, y el caudal anegaba las acequias y los huertos a ambos lados. Se oían crujidos en las ramas más bajas ahora que los árboles de la orilla habían perdido sus hojas.

Las casas de campo más cercanas al puente estaban sumergidas en el agua hasta las ventanas. Notaba un olor fuerte, a cemento, a tela mojada y a cieno: el olor familiar de las viviendas inundadas. La corriente se deslizaba por las paredes de las casas, pudriendo alfombras y cortinas. Diez años antes me había despertado con el mismo olor, cuando al bajar las escaleras me encontré la casa inundada por las aguas residuales.

Sabía que, al otro lado del puente, la carretera pasaba por un pueblo desierto y se adentraba más adelante en los abandonados parajes del antiguo parque nacional: en la zona que la generación de mi padre conocía como el Distrito de los Lagos.

Era mediodía cuando vi aparecer el coche, y estaba lloviendo a cántaros. Al principio pensé que era el ruido del agua

que arrastraba el viento o corría por los acuíferos por debajo del asfalto. Después oí el cambio de marcha. Me aparté de un salto a la cuneta y di media vuelta, casi esperando ver la forma azul oscura de un coche patrulla y dispuesta a esconderme detrás de una cerca de piedra. Una furgoneta civil, de color blanco, se acercaba despacio por la carretera destrozada. Parecía que tenía la suspensión en mal estado y eso amplificaba el ruido, como si la carrocería se levantara del chasis, y vi que se zarandeaba al pasar por encima de un montículo o un bache. Llevaba las ventanillas cubiertas de residuos, de vainas y de hojas arrancadas de los árboles por el último diluvio. Desprendía un olor a grasa quemada y negra. Pasó a mi lado y frenó después. Me acerqué a la puerta del conductor y la ventanilla chirrió al bajarse.

—¿Adónde vas, chica? —Era un hombre con la cara roja como un trozo de cristal sacado de un horno. Me miró de arriba abajo con sus ojos claros. Estaba hecha una pena. Tenía el pelo chorreando y el chubasquero viejo y blanco empapado y pegado a la piel. Doblé los hombros hacia delante y me cubrí el pecho con los brazos. Se echó a reír. Tenía los dientes picados en los bordes, deslucidos y cubiertos por una capa amarillenta, y en la línea de las encías se veía una reveladora sutura de plata—. Bueno, parece un buen sitio para ir de excursión. ¿Eres de los últimos de los Wainwright? O a lo mejor quieres ser la primera que vuelve a subir a las cumbres y plantar tu bandera. Eso significa que las cosas han mejorado en la ciudad. Vamos. Será mejor que subas al coche.

Dudé. No quería hablar con nadie en el camino y sabía que si me hacía preguntas podía tener problemas, pero me dolían los hombros y los pies y no tardé en decidirme. Di la vuelta por detrás de la furgoneta hasta la puerta del pasajero. Me quité el chubasquero empapado y lo escurrí. El conductor se inclinó para abrirme la puerta, como hacía mi padre cuando me llevaba al colegio. Puso un trapo sucio enci-

ma del asiento, para que no lo mojara al sentarme. Dejé la mochila a los pies del asiento y subí al coche.

—Bueno —dijo—. Qué encuentro tan oportuno, ¿verdad?

Metió la marcha y arrancó. Tuve una sensación extraña.

Hacía años que no subía a un coche. Me obligaron a entregar las llaves y la documentación, como a todo el mundo, y se me había olvidado lo que era llevar el control de un vehículo, estar encerrada en él y al mismo tiempo libre de ir adonde una quiera. Ver cómo pisaba el embrague o movía la palanca del limpiaparabrisas me pareció un sueño o un recuerdo perdido. Había un olor muy fuerte en la cabina, ácido, como a ropa vieja o a vinagre mezclado con orina, o quizá fuera el olor corporal del conductor, que no se lavaba. Pero no me quejé ni hice ademán de bajar la ventanilla. Me alegraba de librarme de la lluvia.

Empezaban a dolerme las plantas de los pies, y eso que me había puesto dos pares de calcetines gruesos. Empezaba a notar como si me clavaran alfileres y agujas en las puntas de los dedos y me puse a encogerlos y a estirarlos. No esperaba volver a viajar en coche. Llevaba meses entrenándome para la caminata en mi tiempo libre, al principio sin rumbo, solamente por pasar el rato, luego con un objetivo, rodeando la periferia de Rith, subiendo hasta la cima del Beacon y bajando otra vez. Andar no era un delito, aunque a Andrew le parecía absurdo que me arriesgara a ser atacada por los perros que buscaban comida en la ciudad y removían la basura en los vertederos. Decía que estaban sucios y desquiciados, y que andar por allí era como pedir a gritos que me mordieran. Atacaban a la gente de vez en cuando, aunque nunca con consecuencias fatales. En esas excursiones no podía llevar la mochila, para no levantar sospechas, y me sorprendió que pesara tanto.

Me había asegurado de comer bien la última semana: dos raciones de arroz en vez de una y sardinas para desayunar; incluso pensé que estaba acabando con las provisiones